

Reflexiones en torno a la experiencia política reciente de estudiantes de la UNLP¹

Antonio Camou: antoniocamou@yahoo.com.ar

Marcelo D. Prati: marcelo.prati@speedy.com.ar

Sebastián Varela: varela.sebastian@gmail.com

IdIHCS (Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales) y Departamento de Sociología (FAHCE – UNLP)

1. Presentación

Hace poco más de una década, Pedro Krotsch lamentaba la relativa ausencia de investigaciones sistemáticas sobre los estudiantes universitarios en el marco de un creciente campo de estudios sobre la educación superior en América Latina, con particular referencia al caso argentino. Esa carencia se hacía todavía más notoria al constatar los profundos cambios de horizonte histórico en que se desarrollaron experiencias como la Reforma Universitaria del '18, o la radicalización política estudiantil de los jóvenes latinoamericanos durante los años '60 y '70 del siglo pasado, frente a los nuevos escenarios (nacionales, regionales, globales) conjugados en tiempo presente. “Lo que parece hoy irrefutable – nos decía- es que las condiciones sociales, la universidad, la subjetividad y las orientaciones y la cultura de los jóvenes se han modificado”, y lanzaba un desafío que encerraba las claves de un cautivante programa de investigación:

¿Qué tiene que ver el estudiante de hoy con aquél de los sesenta? Creo que el estudiante de hoy está fuertemente implicado en la cultura de los jóvenes al mismo tiempo que menos adherido a la cultura de la institución universitaria, pues la institución educativa en crisis ha perdido la capacidad de transformar normas y valores en subjetividad. Ha perdido su capacidad socializadora, de construir hegemonía y distancia con el entorno. Al mismo tiempo que junto al debilitamiento de la universidad como espacio de conservación de la cultura de élite, se fortalece la denominada cultura popular de masas, de la cual los sectores juveniles son la espina dorsal, “un estado ejemplar” para la sociedad (Krotsch, 2002).

¹ Una versión anterior y más recortada de este trabajo fue presentada al reciente Congreso JUMIC, organizado por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP), octubre de 2014. Todos los cuadros y gráficos son de elaboración propia.

Inspirado en estas reflexiones, este trabajo forma parte de un proyecto de investigación de más largo aliento que analiza el papel de los estudiantes en el marco de una nueva configuración universitaria en la Argentina actual. En particular, nos interesa comprender la experiencia de participación política a través de sus rastros, de las huellas que nos dejan testimonios, opiniones o elecciones de los alumnos y las alumnas en su paso por la vida universitaria. Dicha experiencia –que identificamos como nuestra *variable dependiente*- está constituida por dos dimensiones que podemos distinguir analíticamente aunque en la realidad aparezcan integradas en cada práctica social concreta, a saber: la referida a las “formas” de hacer política (maneras de construir, distribuir o ejercer el poder) y la que se refiere a los “contenidos” específicos de la política (orientaciones político-ideológicas que se expresan mediante creencias reveladas, actitudes declaradas o decisiones tomadas).

En este marco de preocupaciones, el proyecto explora los alcances de una *hipótesis* general: la experiencia política de los *estudiantes* universitarios –entendidos en su doble carácter como pertenecientes al mundo de los “jóvenes”, por su condición, y de partícipes de la vida universitaria, por su rol de “alumnos”²- es fruto de un complejo *proceso de socialización* en el que se vinculan sus *trayectorias personales* con diferentes campos de la vida social, entre los que se destacan –por un lado- las dinámicas específicas de la política institucional de las casas de estudio ligadas a las lógicas propias del ámbito disciplinar (el *campo político universitario*)³, y por otro, el papel jugado por la política partidaria y socio-territorial (*campo político nacional*).

De este modo, cuando tratamos de entender las “formas” de hacer política en la universidad, nuestro argumento señala que –en el cuadro de las peculiaridades de la lucha política estudiantil- el campo político nacional y el campo político universitario operan con una *lógica de intercambio fluida*. Así, las fronteras entre los dos ámbitos son “porosas” dejando pasar –en uno y otro sentido- prácticas comunes, repertorios de lucha compartidos o

² En este punto seguimos a F. Dubet cuando señala que “los estudiantes incluyen, a la vez, a gran parte de la juventud, una juventud definida por condiciones de vida que rebasan a la propia universidad, y también son estudiantes propiamente dichos, definidos por condiciones de estudios particulares. El estudiante no se puede reducir ni a su papel ni a su condición, sino que elabora una experiencia que articula una manera de ser joven y una relación con los estudios” (2005: 3).

³ En rigor, podríamos distinguir el *campo disciplinario* del *campo político de la institución universitaria* (la política del “establecimiento” en el lenguaje de Clark); en estas notas hemos preferido –salvo indicación en contrario- mantener entre paréntesis las peculiaridades disciplinarias de la experiencia política estudiantil.

estrategias de construcción de poder análogas (desde la propaganda electoral hasta el cálculo de alianzas), propias de la amplia caja de herramientas de la “política criolla”⁴.

Pero cuando procuramos comprender los “contenidos” de la experiencia política vemos que las orientaciones político-ideológicas de los estudiantes se explican mejor al considerar que el campo político nacional y el campo político universitario operan con una *lógica de intercambio compartimentada*. Así, al indagar las creencias, actitudes o elecciones de los estudiantes en el ámbito de la política nacional observamos que tienden a acompañar los comportamientos comunes a su *condición juvenil*, en la que confluyen sus *trayectorias* personales⁵ con la dinámica propia del *campo político nacional* (movimientos de opinión, pautas de competición intra e interpartidaria, patrones de formación de liderazgos, etc.). Dicho de manera gráfica, un joven estudiante universitario que vota en una elección nacional lo hace influido –primariamente- por su condición juvenil, y sólo secundariamente por su carácter de universitario.

A la inversa, al estudiar las creencias, actitudes o elecciones de los estudiantes en el ámbito de la política universitaria observamos que tienden a acompañar los comportamientos comunes de su rol de alumnos en tanto actor institucional, en el que confluyen sus *trayectorias* personales con la dinámica propia del *campo político universitario*. Dicho de otra manera, un joven estudiante universitario que vota en una elección de claustro lo hace influido –primariamente- por su condición de alumno de una institución de educación superior, y sólo secundariamente por su condición juvenil. Ciertamente, no negamos que existan vínculos de intercambio entre la esfera política nacional y la universitaria, pero los derroteros de la política de partidos –o de movimientos territoriales- son siempre mediados por las lógicas específicas del mundo universitario, lo cual remarca la “relativa autonomía” en que se mueve la vida política estudiantil en el marco de la universidad.

Como avance de este proyecto de mayor recorrido, en estas notas analizamos la experiencia política de los estudiantes de la Universidad Nacional de La Plata, tanto en el plano de la

⁴ Dejamos para otra ocasión un análisis pormenorizado de estas “formas” de hacer política en base a dos fuentes: a) una serie de registros etnográficos realizados durante las últimas elecciones estudiantiles; y b) un conjunto de entrevistas a militantes de distintas agrupaciones universitarias.

⁵ El análisis de la trayectoria nos llevaría a analizar la condición socioeconómica, el perfil sociocultural y el proceso de socialización política en el ámbito familiar de los jóvenes estudiantes. En otro trabajo volveremos sobre esta cuestión.

política universitaria como de la política nacional. Mediante una investigación por encuestas⁶, se analizan tres dimensiones de dicha experiencia: a) las creencias, conocimientos o información sobre la institucionalidad política, b) las actitudes hacia la participación, y c) las prácticas participativas, tanto en el espacio universitario (agrupaciones estudiantiles y asambleas) como fuera del mismo. Se postula la existencia de tres “brechas” que atraviesan la experiencia de participación política de los estudiantes: la primera se da entre el compromiso político personal y las prácticas efectivas; la segunda entre la intensidad de la participación y la ocupación de espacios institucionales de gobierno en la universidad; y la tercera entre las adscripciones de los estudiantes cuando se ubican en el campo político nacional y el sentido de su voto cuando sufragan en el nivel universitario.

2. Explorando la experiencia política estudiantil

La noción de *experiencia* arrastra una larga deriva de entonaciones filosóficas, teóricas o vivenciales, moduladas tanto desde el discurso letrado como desde los más transitados pliegues del lenguaje cotidiano (Sazbón, 1996; Jay, 2009). En un primer acercamiento, podríamos decir que se halla “en el punto nodal de la intersección entre el lenguaje público y la subjetividad privada, entre los rasgos comunes expresables y el carácter inefable de la interioridad individual” (Jay, 2009: 20). En los últimos años, las investigaciones de Sandra Carli (2012 y 2014) han utilizado este sugerente cristal analítico para “explorar los modos en que los estudiantes transitan la vida universitaria” en las instituciones argentinas, buscando producir “un relato histórico atento a la sensibilidad de lo cotidiano y a los modos de apropiación de las instituciones, a los contextos materiales de lo vivido y al lenguaje de la narración retrospectiva” (2012: 27). Aunque la utilización de encuestas puede parecer a primera vista un instrumento menos apto para este tipo de indagaciones, entendemos que su aplicación para el estudio de procesos de *participación política* abre un interesante espacio de análisis y reflexión.

⁶ Ficha técnica de la encuesta: Trabajo de campo realizado a finales de 2011 y principios de 2012. Población: estudiantes de grado de la UNLP (111.577 alumnos en 2012). Diseño muestral: muestreo estratificado polietápico. Nivel de confianza: 95%. Error muestral: $\pm 2,4\%$. Tamaño de la muestra: 1659 casos, se relevó información en 16 de las 17 facultades (con la excepción de Ciencias Médicas, donde las autoridades no autorizaron el sondeo). Instrumento de recolección: cuestionario anónimo autoadministrado en comisiones de trabajos prácticos, con presencia de un coordinador de campo del equipo de investigación para la resolución de dudas y preguntas de los respondentes. Una caracterización general de los estudiantes de la UNLP según los datos de la encuesta puede consultarse en Varela y otros, 2012.

En el marco de una institucionalidad democrática se entiende habitualmente por *participación política* un conjunto de prácticas por las cuales un actor toma parte “activa, voluntaria y personalmente” en un proceso público de toma de decisiones (Sartori, 2009: 35). La referencia al carácter “voluntario” de la participación es importante para distinguirla de las formas coercitivas de encuadramiento y movilización “desde arriba”, típicas de los sistemas autoritarios (Sani, 1998: 1137).

Como lo han puntualizado distintos autores, la participación puede ser entendida como un continuo de situaciones, cuyas fronteras no pueden ser delimitadas con absoluta nitidez, existiendo diferentes escalas o niveles de involucramiento (O’Donnell, 1972; Zimmerman, 1992; Delfino & Zubietta, 2010). Limitándonos a las formas institucionales o convencionales de la acción política, y tomando libremente el criterio clasificatorio ofrecido por Giacomo Sani, podríamos distinguir tres niveles⁷. En un primer nivel, podría hablarse de una participación *pasiva* (mínima, limitada o básica); se trata de “comportamientos esencialmente receptivos”, tales como la presencia en reuniones, la exposición voluntaria a mensajes políticos o la concurrencia a actos comiciales de carácter obligatorio. La segunda forma puede indicarse como participación *activa*, en la que se desarrollan de manera relativamente estable “dentro o fuera de una organización política” una serie de actividades” de apoyo, como “cuando se hace obra de proselitismo, cuando se hacen compromisos para trabajar en la campaña electoral, cuando se difunde la prensa del partido, cuando se participa en manifestaciones de protesta, etc.”. Finalmente, nos encontraríamos con una participación *militante* allí donde se forja un compromiso estable de asumir responsabilidades de representación, delegación o dirigencia (Sani, 1998: 1137). Para nuestros fines, el “votante”, el “adherente” y el “militante” de una agrupación política estudiantil pueden ilustrar cabalmente cada uno de estos niveles.

En las democracias modernas, y en cualquier organización con cierto grado de complejidad de funciones y amplitud de miembros, el vínculo que une a ambos extremos del continuo de participación política es el lazo de *representación*. Literalmente *re-presentar* significa “presentar de nuevo y, por extensión, hacer presente algo o alguien que no está presente” (Sartori, 1992: 225). El término hace referencia a un universo bastante vago y diverso de

⁷ Una profusa y sugerente literatura nos ilustra sobre la necesidad de distinguir formas convencionales y no convencionales de participación política juvenil (entre otros: Balardini, 2000 y 2005; Béndit, 2000; Bonvillani et al., 2008; Chávez, 2009; Picotto y Vommaro, 2010). Aunque de acuerdo con esa distinción, en este trabajo nos concentraremos en los canales institucionalizados de acción política universitaria.

prácticas pero en un esfuerzo de síntesis podríamos distinguir al menos dos sentidos principales. De lado de la *vita activa*, la representación se refiere a un tipo de acción, según la cual “representar es actuar según determinados cánones de comportamiento en referencia a cuestiones que conciernen a otra persona”; de manera más específica, la *representación política* consiste en “un proceso de elección de los gobernantes y de control sobre su obra a través de elecciones competitivas”. Del lado de la *vita contemplativa*, en un sentido epistémico, cognitivo o estético, la representación supone alguna forma de reproducción simbólica de propiedades o peculiaridades existenciales; dicho de otro modo: “Representar es poseer ciertas características que reflejan o evocan las de los sujetos u objetos representados” (Cotta, 1998: 1384-1390).

Norbert Lechner ha trazado una sugerente vinculación entre ambas significaciones al indagar los problemas de la construcción simbólica de la representación política; en particular, al discutir el problema arendtiano acerca de si la política “debe y puede” representar lo social. Como ha señalado el autor germano-chileno, “hoy en día se ha abandonado una concepción reduccionista de la representación: no tomamos la representación por una copia fiel de una realidad social supuestamente natural-objetiva. Lo social no es un dato dado, sino construido”, y aunque esa “construcción social (discursiva) de la realidad se encuentra... condicionada por las condiciones materiales”, es preciso entender la representación como “construcción simbólica e imaginaria de la realidad social” (Lechner, 1992: 135/6).

De manera análoga se ha expresado Murray Edelman, al sostener que “los observadores y lo que observan se construyen recíprocamente”, que “los desarrollos políticos son entidades ambiguas que significan lo que los observadores interesados construyen, y... que los roles y autoconceptos de los observadores mismos son también construcciones, creadas por lo menos en parte por sus observaciones interpretadas”. En esta perspectiva, un problema social, un enemigo político o un líder es “tanto una *entidad* como un *significante* con una gama de significados que varía de modos que... (sólo) podemos comprender parcialmente”. Así, los actores de la vida política también son construcciones simbólicas; en parte porque “sus acciones y su lenguaje crean su subjetividad, su sentido de quiénes son”, pero en parte también porque “las personas que participan en la política son símbolos o posturas morales y se convierten en modelos de rol, puntos de referencia o símbolos de amenaza o maldad” (Edelman, 1991: 8).

A partir de estas consideraciones podemos retomar la problemática de la representación en la actualidad, para examinar su “metamorfosis” (Manin, 1992) o indagar en un “malestar” (Mustapic, 2008) que en muchas ocasiones es tematizado como una verdadera crisis. Como lo ha resumido una especialista argentina, la cuestión puede ser abordada desde dos perspectivas diferentes pero complementarias.

Desde una primera mirada, centrada en el vínculo *partido-ciudadanos*, la representación es entendida a partir de su “capacidad para expresar los rasgos de la sociedad en la que se despliega... El malestar sobreviene aquí con la ruptura de ese vínculo y se traduce en la dificultad de los partidos políticos para agregar y articular los intereses sociales”. En este caso, se asume que si la relación partido-ciudadanos es “construida adecuadamente los partidos políticos habrán de responder a las demandas de su electorado a través de políticas públicas consistentes”. Por tal razón, los problemas de representación se resolverían al promover reformas orientadas esencialmente al “acercamiento entre representantes y representados” (Mustapic, 2008: 4). En términos de Sartori, esta visión pone el acento en la dimensión de la *representatividad*, es decir, en la idea según la cual “nos sentimos representados por quien *pertenece* a nuestra misma matriz de *extracción* porque presumimos que aquella persona nos *personifica*”, y por tanto, el problema de la representación consistiría en “encontrar una persona que nos sustituya personificándonos” (Sartori, 1992: 234).

Para una perspectiva centrada en la relación *partido-gobierno*, en cambio, el eje de atención está puesto en el “desempeño en el cargo de quienes han sido investidos de la representación... y comporta un problema de ejercicio del poder de decisión”. En este caso, argumenta Mustapic, el malestar emerge “cuando las decisiones que adoptan los representantes en el marco de ese ejercicio gestionan deficientemente los intereses sociales que les han sido confiados”. Así, esta mirada comienza por poner en cuestión aquello que la primera daba por sentado: “la disposición y la capacidad de los representantes para ocuparse en forma competente de los intereses de quienes los han votado” (2008: 4). En palabras de Sartori, nos encontramos aquí con un problema de *responsabilidad*, tanto en el sentido de que el representante debe “responder” al titular de la relación, como que debe “alcanzar un nivel adecuado de prestación en términos de capacidad y eficiencia” (Sartori, 1992: 234).

Ahora bien, frente al tópico de la “crisis” de representación la noción de “metamorfosis” introducida por Manin (1992) tiene un par de ventajas. Por un lado, le devuelve su plena

substancia histórica a la problemática de la representación, y al hacerlo deja de poner en un lugar absoluto, incluso al punto de idealizarla, una forma concreta de estructura de representación –por caso, la “democracia de partidos”- , contra la que debería compararse el malestar actual con el lazo representativo. Por otro lado, al desplazar el sentido puramente negativo encerrado en una noción estrecha de crisis, la reflexión de Manin ayuda a poner atención en las lógicas específicas que estarían gobernando las nuevas formas en las que se ejerce el vínculo de representación. Desde esta perspectiva se nos aparecen distintos núcleos de discusión en torno a la experiencia política estudiantil que nos permiten examinar en qué medida y bajo qué sentidos, es posible hablar de una “brecha de representación” entre lo que se dice y lo que se hace, entre lo que se imagina y lo que se vivencia, entre lo que se expresa y lo que se vota.

3. Brechas de la participación política

En el marco de la conceptualización desarrollada, y a partir del análisis de resultados de la encuesta, presentaremos tres “brechas” o desfases que pensamos es posible identificar en la experiencia de participación política de los estudiantes de la UNLP: una referida al compromiso político personal, que involucra la relación entre creencias (conocimiento, información), actitudes y prácticas efectivas; otra de carácter político institucional, entre la intensidad de la participación y la ocupación de espacios institucionales de gobierno en la universidad; y finalmente una brecha político-ideológica entre adscripciones de los estudiantes cuando se ubican en el campo político nacional y el sentido de su voto cuando sufragan en el nivel universitario.

1) En relación con las actitudes hacia la política universitaria, podemos observar matices diferentes según se pregunte por la *apreciación afectiva* más inmediata o por la *consideración más normativa* en cuanto a su importancia: mientras el 47% manifiesta indiferencia hacia la misma y sólo un 35% interés (las actitudes más extremas son minoritarias, con cierto predominio de las negativas), el 66% le asigna mucha o mediana importancia (Gráficos 1 y 2). Esta actitud normativa se manifiesta también en la opinión sobre el voto en la universidad: el 65% considera que debería ser obligatorio, y el 82% afirma que votaría incluso si fuese optativo⁸ (Gráfico 3).

⁸ En la Argentina las elecciones para centros de estudiantes y para representantes estudiantiles en los órganos de cogobierno universitario se realizan en la gran mayoría de las universidades públicas una vez al año, siendo en general obligatorio para las segundas (así lo es en la UNLP).

Gráfico 1.
¿Qué actitud te despierta la política universitaria? (%)

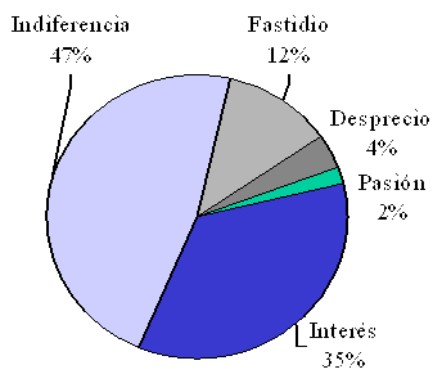


Gráfico 2.
¿Qué importancia tiene para vos la participación en la política universitaria? (%)

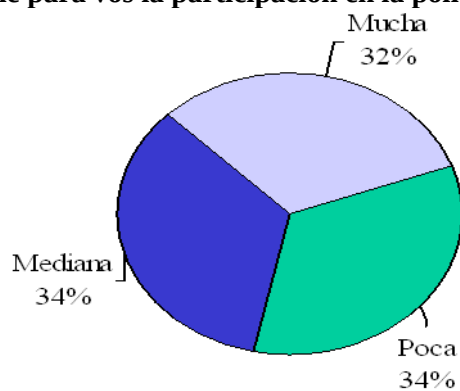
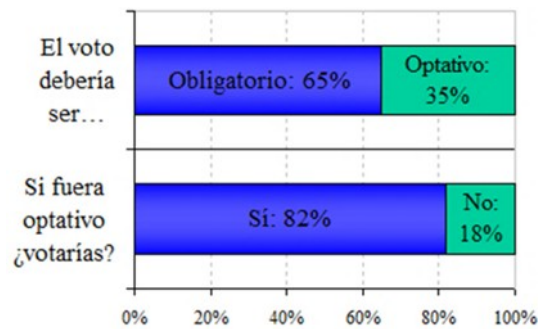
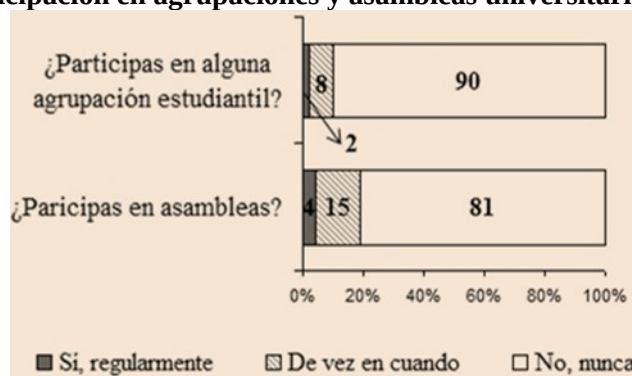


Gráfico 3.
Opiniones sobre el voto para elecciones de claustros universitarios (%)



En relación con las prácticas de participación política en la universidad, la proporción de quienes participan en agrupaciones estudiantiles, o en asambleas o reuniones políticas, es pequeña: el 10% participa con regularidad o “de vez en cuando” en agrupaciones, y el 19% en asambleas (Gráfico 4). La encuesta de la UBA antes citada consigna cifras similares: 11,1 y 15,5% respectivamente.

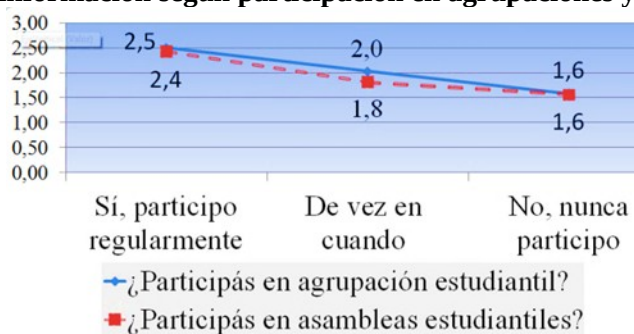
Gráfico 4.
Participación en agrupaciones y asambleas universitarias (%)



Estos datos muestran una cierta brecha o discordancia entre actitud y participación. Por un lado, en el plano de la actitud normativa, casi dos tercios de los encuestados le otorgan mucha o mediana importancia a la política universitaria y afirma que el voto en las elecciones de claustros universitarios debería ser obligatorio, y más del 80% afirma que votaría en caso de que el voto fuese optativo. Pero por el otro, sólo un 10% afirma participar (regularmente un 2% y de vez en cuando un 8%) en agrupaciones políticas estudiantiles, y un poco más, un 19%, en reuniones o asambleas (regularmente un 4% y de vez en cuando un 15%). Cabe, no obstante, señalar otras respuestas que matizan esta brecha: en el plano de la actitud más afectiva, sólo el 35% afirma que la política universitaria le despierta interés, en tanto el 47% se inclina por la indiferencia (actitud más en sintonía con la práctica).

Complementariamente, resulta relevante prestar atención a la relación entre conocimiento y participación (si bien no es posible referirse a una brecha en este caso). Existe una asociación entre nivel de información de los estudiantes⁹ y participación en agrupaciones estudiantiles y en asambleas (Gráfico 5).

Gráfico 5. Nivel de información según participación en agrupaciones y asambleas (medias)



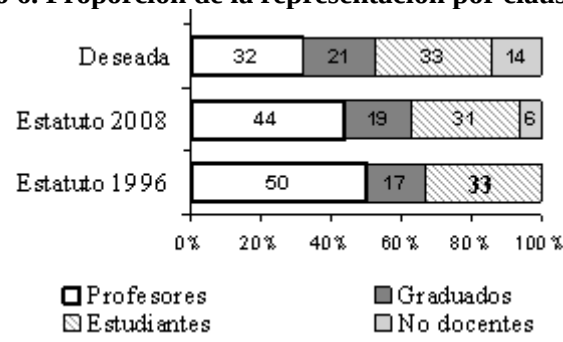
Esta asociación entre nivel de información y participación observada entre los estudiantes de la UNLP en 2011/2012, es una regularidad empírica también consignada en la citada investigación de Naishtat y Toer para los estudiantes de la UBA en 2002. Dada esta asociación, los autores se plantean la cuestión de la dirección de la relación: “*se puede considerar la información como un presupuesto y/o incentivo para la participación, y se la puede pensar asimismo como un resultado de la participación*” (Naishtat y Toer, 2005: 95). Y optan por la segunda, esto es, que la participación genera información, a partir de un argumento según el cual, en ausencia de un equivalente a los medios de comunicación (periódicos, TV) relativamente “neutros” (dado el carácter inevitablemente parcial de la información provista por la propaganda de las agrupaciones), el estudiante que aspira a estar informado en materia de política universitaria debe realizar un esfuerzo especial. Si bien nuestros datos no nos permiten apoyar una explicación en particular para la regularidad encontrada, la interpretación brindada por los autores citados resulta consistente con el bajo de grado de participación manifestado por los estudiantes tanto en la encuesta de la UBA como en la de la UNLP.

2) La segunda brecha apunta a un contraste entre la escasa proporción de estudiantes que declaran tener participación política universitaria, y el importante espacio reservado al

⁹ Para medir el nivel de información se construyó un índice de conocimiento institucional con un rango de puntajes de 0 a 4, en función de las respuestas a cuatro preguntas acerca del nombre del rector o presidente de la universidad, del decano de la facultad, del máximo órgano de gobierno de la facultad y de la agrupación que conduce el centro de estudiantes (se asigna un punto al encuestado por cada respuesta correcta).

claustró estudiantil en los órganos colegiados de gobierno en las universidades públicas argentinas. En el caso específico de la UNLP, la representación estudiantil alcanza a aproximadamente un tercio de los miembros de los consejos directivos de las facultades (hubo una leve variación con la reforma del estatuto en 2008)¹⁰. Este fuerte peso de los representantes estudiantiles contrasta con el ya citado 2% que participa regularmente en agrupaciones (o el 10% si se considera la participación ocasional), y con el 4% (o 19%) que participa en asambleas, pero resulta coherente con el peso al que aspiran nuestros encuestados: preguntados por la composición de un órgano colegiado ideal, proponen una representación alta para los estudiantes (33%), similar a la de los profesores (32%) (Gráfico 6).

Gráfico 6. Proporción de la representación por claustros (%)



3) Para presentar la tercera brecha, la brecha político-ideológica entre política universitaria y política nacional, resultan necesarias algunas referencias contextuales. En la Argentina, en las elecciones para los centros de estudiantes, y para los representantes estudiantiles en los órganos colegiados de gobierno de las universidades públicas, los estudiantes se organizan en agrupaciones político-estudiantiles que pueden reflejar alineamientos más o menos explícitos con fuerzas políticas nacionales (como el peronismo, el radicalismo o partidos de izquierda, parlamentaria o no), o referenciarse en movimientos políticos de anclaje territorial no organizados como partidos (por ejemplo, el Frente Popular Darío Santillán, con fuerte presencia en la UNLP), o bien puede tratarse de agrupaciones independientes con alcance restringido a una única facultad en una universidad.

Los resultados de la encuesta nos permiten afirmar la existencia de una brecha entre la opción político-ideológica realizada por los estudiantes en el voto en las elecciones presidenciales

¹⁰ Un acercamiento a la problemática de los cambios recientes en el gobierno universitario en Argentina se encontrará en (Atairo y Camou, 2011).

nacionales y el voto en las elecciones para centros de estudiantes. Se observa que los estudiantes de la UNLP votan mayoritariamente por las mismas fuerzas políticas nacionales que el conjunto de la población: más del 88% vota por el Frente para la Victoria (peronismo en el gobierno) o por la oposición de centro (radicalismo y otros), en tanto sólo algo más del 11% vota por la oposición de izquierda (Frente de Izquierda y de los Trabajadores, de orientación trotskista, y Proyecto Sur, izquierda nacionalista); pero en el ámbito universitario se inclinan marcadamente por agrupaciones estudiantiles de izquierda, con un 45,5%, en tanto el peronismo universitario (incluyendo agrupaciones con simpatías más o menos estrechas con el gobierno) obtiene un 30,1%, y el radicalismo universitario (en este caso la Franja Morada, brazo universitario del partido radical) un 24,4% (Tabla 1).

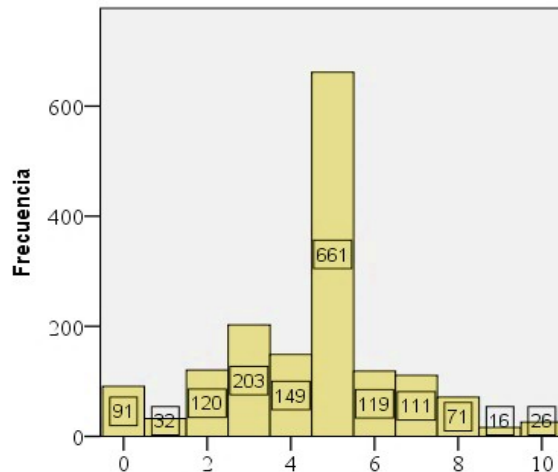
Tabla 1. Relación entre voto nacional y voto universitario (%)

	Voto nacional			Total
	Peronismo gobernante (FPV)	Oposición de centro (FAP, UCR, CC)	Oposición de izquierda (FIT, Proy Sur)	
Izquierda universitaria	41,9%	42,4%	71,4%	45,5%
Radicalismo universitario	16,9%	38,0%	5,2%	24,4%
Peronismo universitario	41,2%	19,6%	23,4%	30,1%
Total	46,6%	41,8%	11,6%	100%
	100,0%	100,0%	100,0%	100%

Mirados los datos desde otro ángulo, se podría afirmar que la oposición de izquierda a nivel nacional, con pocos votos entre los estudiantes universitarios en términos absolutos, es especialmente eficiente en su inserción universitaria, dado que el 71,4% de sus votantes votan por agrupaciones estudiantiles de izquierda, perdiendo sólo un 23,4% en manos del peronismo universitario, y muy poco en manos del radicalismo universitario (5,2%). Por el contrario, el Frente para la Victoria sólo retiene un 41,2% de sus votantes en la universidad, y la oposición de centro un 38%, perdiendo respectivamente un 41,9 y un 42,4% de los votos en manos de la izquierda universitaria. A partir de ambas lecturas podemos afirmar la existencia de una autonomía relativa entre la política universitaria y la política nacional, en donde la anomalía está dada por la fuerte inserción de la izquierda en las agrupaciones políticas universitarias, plasmada en la conducción de centros a nivel de facultades y de federaciones a nivel de universidades, y su baja representatividad electoral a nivel nacional, ámbito en el que los estudiantes se comportan de manera muy similar al conjunto de la población. Un dato adicional que refuerza la anomalía, está dado por la autoidentificación

ideológica de los estudiantes, en donde predomina ampliamente la opción de centro (con una tenue inclinación hacia la centro-izquierda: la media es 4,53): al solicitárseles que se ubiquen en una escala de 0 a 10 de izquierda a derecha, la opción más elegida fue al central (la 5), con un 41,3%, y si consideramos en conjunto las tres categorías centrales (4, 5 y 6), allí se ubica el 58,1% de los estudiantes¹¹ (Gráfico 7).

Gráfico 7. En una escala dónde “0” es la “izquierda” y “10” la “derecha”, ¿dónde te ubicarías? (frecuencias)



Resulta relevante contextualizar este fuerte peso de la izquierda universitaria en la conducción de centros y federaciones en la actualidad, que no se da sólo en la UNLP. A partir de la restauración democrática en 1983, la Franja Morada (expresión universitaria del Partido Radical) tuvo un peso predominante en el movimiento estudiantil argentino en su conjunto (también en la UNLP), acompañando al gobierno en manos del radicalismo hasta 1989, y en oposición al gobierno peronista luego de esa fecha. Pero tras la devastadora crisis económica y política del 2001, que ocasionó la caída del presidente de entonces (perteneciente al Partido Radical), diversas agrupaciones estudiantiles de izquierda ganaron la conducción de un número importante de centros (facultades) y federaciones (universidades) en varias grandes universidades nacionales, como la UNLP, y también la mayor de todas, la Universidad de Buenos Aires¹².

¹¹ Para los valores agrupados 0-4 (izquierda), 5 (centro) y 6-10 (derecha), el 37% de los estudiantes se considera de izquierda, el 41% de centro, y el 22% de derecha.

¹² Dos estudiosos del movimiento estudiantil argentino identifican las siguientes etapas en las últimas décadas: en contraste con la autoorganización, la democracia directa y el fuerte compromiso político de los años setenta, en el período que se inicia en 1983, con la hegemonía de la Franja Morada, se instala un “modelo delegativo” caracterizado por el distanciamiento entre la base del alumnado y sus representantes, y el foco en la prestación de servicios a los estudiantes (fotocopias, apuntes, comedores). A partir de la crisis del 2001, de la mano del ascenso de las agrupaciones de izquierda, se produciría una reversión parcial de este modelo, con un mayor peso de las instancias de democracia directa como las asambleas, un mayor involucramiento de las conducciones de

4. Reflexiones finales

El análisis sobre los sentidos de la participación política universitaria permite ensayar en estas notas finales una reflexión de índole más general. Como es sabido, la relación que las instituciones de educación superior han venido construyendo con la política argentina tiene una historia larga y compleja. Como en su momento lo resumiera con gran agudeza Pedro Krotsch, al ensayar un balance sobre los cambios universitarios a la salida de la década de los '90:

Lo primero que la universidad pública tiene que generar hoy es una corriente de opinión fuerte capaz de corregir las falencias de la última reforma, sobre todo en lo referido a la verdadera democratización de las estructuras académicas y en el vínculo entre la sociedad y el desarrollo científico... entre todas estas asignaturas pendientes, *la más grave es la de la partidización de la universidad*. Es imprescindible... *despartidizar para politizar* en el mejor de los sentidos, es decir, en el sentido de lograr una preocupación fuerte por los intereses de la polis, de la ciudadanía. *Una universidad partidizada no genera confianza en la sociedad*" (2002 a. Las cursivas son nuestras).

A través de esta mirada, la fuerte presencia de los partidos políticos en la universidad constituye el reverso institucional de la debilidad efectiva de su autonomía institucional. En una historia dilatada y dramática –recordaba Krotsch– “la autonomía relativa de las instituciones en Argentina ha sido siempre muy débil, porque han estado permanentemente atravesadas por el poder, ya sea de los partidos políticos o de la intervención militar directa” (2002).

En este marco de análisis, la caracterización general de la experiencia política de los estudiantes de la UNLP, y el análisis específico de ciertas brechas que hemos presentado, nos hablan de un cierta “metamorfosis” de la representación política (Manin) que muestra continuidades y rupturas con la política nacional.

los centros en acciones solidarias con sectores obreros populares movilizados, y un activo cuestionamiento a las formas de gobierno universitario vigentes (impulsando básicamente un mayor peso de la representación estudiantil bajo la consigna de la “democratización”). Pero este cambio atañe más a la dirigencia que a las bases; no sin cierta desazón los autores afirman: “*La mayoría de las acciones, inclusive muchas de gran importancia, fueron sostenidas por la militancia organizada y el activismo, sin un fuerte arraigo en la base estudiantil*” (Bonavena y Millán, 2012: 116).

Sin duda las universidades públicas argentinas son un ámbito de ebullición política, y el movimiento estudiantil argentino ha continuado muy activo en los años que siguieron a la restauración democrática en 1983, si bien con rasgos muy diferentes a la etapa de radicalización política de los años 60 y 70, previos a la última dictadura militar. Normalizadas las universidades a mediados de los 80, los militantes estudiantiles, organizados en agrupaciones políticas (vinculada o no a fuerzas políticas nacionales), tuvieron un protagonismo destacado en diversas oportunidades, ya sea movilizados por reivindicaciones específicamente universitarias, como la oposición a la Ley de Educación Superior en 1995, los recortes al presupuesto universitario en 1999 y 2000, o las demandas por cambios en la composición del gobierno universitario en las universidades nacionales de Córdoba, La Plata, Rosario y Buenos Aires entre 2005 y 2007 (Buchbinder y Marquina, 2008: 80-84); ya sea movilizados en vinculación con sectores sociales extrauniversitarios, sobre todo durante la fuerte crisis que atravesó la Argentina en 2001 y 2002. En todos estos casos el repertorio de acciones estudiantiles no se limitó al uso de las instancias institucionalizadas de representación, sino que incluyó acciones directas como tomas de facultades y cortes de calles, así como enfrentamientos con la policía y procesos judiciales.

Ahora bien, este activismo nada desdeñable parecería ensamblarse adecuadamente con la relativa autonomía político-ideológica de la universidad relevada en nuestra encuesta, manifiesta en la fuerte instalación de agrupaciones estudiantiles de izquierda masivamente votadas, que no tiene su correlato en el peso nacional de los partidos políticos afines. Pero esta especificidad política de la universidad parece diluirse en otros indicadores: en las elecciones nacionales los estudiantes votan de manera similar al conjunto de la población, su autoidentificación ideológica es predominantemente de centro (con una ligera inclinación hacia el centro-izquierda, y tienen una actitud y un comportamiento similarmente “delegativo” (y no participativo) que el del resto de los ciudadanos; se podría pensar que la ley de hierro de la oligarquía de Michels también los alcanza. O también, cabe preguntarse en qué medida, la discontinuidad en los contenidos (la orientación ideológica) respecto de la política nacional, es también una discontinuidad en las formas de la política, cuando, “por izquierda”, las agrupaciones estudiantiles adoptan formas de acción directa como el corte de calles, característicos de los movimientos territoriales, o cuando “por derecha” deben captar a sus votantes en tanto usuarios de servicios estudiantiles¹³.

¹³ Bonavena y Millán señalan que el antes citado giro a la izquierda del movimiento estudiantil que siguió al repliegue (ciertamente sólo parcial) de la Franja Morada tras la crisis del 2001, intentó revertir esta forma de vínculo utilitario con los estudiantes instalado durante los años 90: “*La izquierda buscó orientar su conducción*

Estas relaciones empíricas, que hemos tratado de tematizar a través del análisis de las brechas, ciertamente demandan profundización teórica. En este sentido, una pregunta pendiente es en qué medida la universidad es un agente socializador de los estudiantes, ya sea mediante el funcionamiento institucional que la caracteriza, ya sea mediante los rasgos comunes y distintivos que adoptan las diversas formas de conocimiento que la atraviesan. Y más específicamente, para poder dar cuenta de las características que distinguen a la política universitaria, resulta relevante preguntarse cómo se conforman las actitudes y prácticas de participación de los estudiantes, y por qué votan como votan¹⁴. Queda para futuras investigaciones cualitativas y cuantitativas en esta y otras universidades, corroborar, desmentir o matizar las regularidades empíricas observadas en la UNLP, e indagar los procesos subyacentes que dan cuenta de las mismas.

Referencias bibliográficas

- Atairo, Daniela y Camou, Antonio (2011), “La gobernabilidad de las universidades nacionales en la Argentina: escenarios de un paradigma en transformación”, en Raquel San Martín (coord.), *Entre la tradición y el cambio. Perspectivas sobre el gobierno de la universidad*, Buenos Aires: Cátedra UNESCO/Universidad de Palermo.
- Balardini, Sergio (coord.) (2000), *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, Buenos Aires: CLACSO.
- Balardini, Sergio (2005), “¿Qué hay de nuevo, viejo?”, en *Nueva Sociedad*, Nro. 200.
- Béndit, René (2000), “La participación social y política de los jóvenes en países de la Unión Europea”, en Balardini, Sergio (coord.), *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, Buenos Aires: CLACSO.
- Bonavena, Pablo y Millán, Mariano (2012), “El movimiento estudiantil en la actualidad argentina: una aproximación sociohistórica”, *Revista del Observatorio Social de América Latina*, CLACSO, Año XIII, Nro. 31, mayo de 2012.

[de las organizaciones estudiantiles] en la vía de profundizar la politización de la vida estudiantil. De los centros de estudiantes con base en la prestación y venta ‘de servicios’ se intentó llegar a los ‘centros de lucha’” (Bonavena y Millán, 2012:113).

¹⁴ En una investigación que aborda la experiencia universitaria de estudiantes de la UBA a través de sus relatos y reflexiones, Sandra Carli analiza las formas de la sociabilidad estudiantil desde las perspectivas (no siempre coincidentes) de los militantes y los no militantes, y los nexos entre amistad y política (Carli, 2012: cap. 6). Pensamos que este nivel micro es un ámbito propicio para buscar respuestas a algunas de las preguntas aquí planteadas.

- <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/osal/20120417105250/OSAL31.pdf> [27 de julio de 2014].
- Bonvillani, Andrea; Palermo, Alicia; Vázquez, Melina; Vommaro, Pablo (2008), “Juventud y política en la Argentina (1968-2008). Hacia la construcción de un estado del arte”, en *Revista Argentina de Sociología*, Año 6, N°11.
- Buchbinder, Pablo y Marquina, Mónica (2008), *Masividad, heterogeneidad y fragmentación. El sistema universitario argentino 1995-2008*, Los Polvorines: UNGS y Biblioteca Nacional.
- Carli, Sandra (2012), *El estudiante universitario. Hacia una historia del presente de la educación pública*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Carli, Sandra (2014), *La universidad pública y la experiencia estudiantil. Historia, política y vida cotidiana*, Buenos Aires: Miño & Dávila.
- Chávez, Mariana (2009), “Investigaciones sobre juventudes en la Argentina: estado del arte en ciencias sociales 1983-2006”, en *Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín*, Año 2, n° 5, Buenos Aires, junio de 2009.
- Cotta, Maurizio (1983), “Representación política”, en Bobbio, Norberto; Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco, *Diccionario de Política*, México: Siglo XXI, 1998.
- Delfino, Gisela y Zubieta, Elena (2010), “Participación política: concepto y modalidades”, *Anuario de Investigaciones*, vol. 17, Buenos Aires.
- Dubet, Françoise, “Los estudiantes”, *Revista de Investigación Educativa* (Veracruz), 1, julio-diciembre de 2005.
- Edelman, Murray (1988), *La construcción del espectáculo político*, Buenos Aires: Manantial, 1991.
- Krotsch, Pedro (2002), “Los universitarios como actores de reformas en América Latina: ¿Han muerto los movimientos estudiantiles?”, *Espacios es blanco. Revista de Educación Superior*, Serie Indagaciones Nro. 12, UNCPBA (Tandil), junio 2002.
- Krotsch, Pedro (2002a), “Una universidad partidizada no le da confianza a la sociedad”, entrevista, *Clarín*, 25 de agosto de 2002.
- Lechner, Norbert (1992), “¿La política debe y puede representar lo social?”, en Dos Santos, Mario R., *¿Qué queda de la representación política?*, Caracas: Nueva Sociedad.

- Manin, Bernard (1992), “Metamorfosis de la representación”, en Dos Santos, Mario R., *¿Qué queda de la representación política?*, Caracas: Nueva Sociedad.
- Mustapic, Ana María (2008), *Del Malestar con los Partidos a la Renovación de los Partidos*, San Pablo y Santiago de Chile: IFHC/CIEPLAN.
- Naishtat, Francisco y Toer, Mario (editores) (2005), *Democracia y representación en la universidad. El caso de la Universidad de Buenos Aires desde la visión de sus protagonistas*, Buenos Aires: Biblos.
- O’Donnell, Guillermo (1972), *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires: Paidós.
- Picotto, Diego y Vommaro, Pablo (2010), “Jóvenes y política: las agrupaciones estudiantiles independientes de la Universidad de la Universidad de Buenos Aires”, en *Nómadas*, núm. 32, abril, 2010, Colombia: Universidad Central.
- Prati, Marcelo (2013), “Tribus y territorios estudiantiles. Notas metodológicas acerca de la relación entre disciplinas del conocimiento y cultura política en estudiantes de la UNLP”, en *Cuestiones de Sociología*, Nro. 8, La Plata: UNLP. <http://www.cuestionessociologia.fahce.unlp.edu.ar/issue/view/193> [27 de julio de 2014].
- Rivas, Axel (2010), *Radiografía de la educación argentina*, Buenos Aires: Fundación CIPPEC.
- Sani, Giacomo (1983), “Participación política”, en Bobbio, Norberto; Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco, *Diccionario de Política*, México: Siglo XXI, 1998.
- Sartori, Giovanni (1992), *Elementos de teoría política*, Madrid, Alianza.
- Sartori, Giovanni (2008), *La democracia en treinta lecciones* (2008), Buenos Aires: Taurus, 2009.
- Sautu, Ruth; Boniolo, Paula; Dalle, Pablo; Elbert, Rodolfo; Perugorría, Ignacia (2005), “Corrupción y democracia en la Argentina: la interpretación de los estudiantes universitarios”, *Revista Argentina de Sociología*, vol. 3, núm. 4, mayo-junio, 2005, Buenos Aires: Consejo de Profesionales en Sociología. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26930402> [27 de julio de 2014].
- Toer, Mario (1997), “Los estudiantes de la UBA y su actitud ante las instituciones”, en *Revista Pensamiento Universitario* (6), Buenos Aires.
- Universidad de Buenos Aires (2011), *Censo de estudiantes 2011. Resultados finales*, Coordinación general de Planificación estratégica e institucional.

- Varela, Sebastián; Atairo, Daniela; Duarte, Yamila (2012), “Universitarios y política. Notas para una caracterización general de los estudiantes de la UNLP”, en *Actas de las VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata*, La Plata, 5, 6 y 7 de diciembre de 2012. La Plata: UNLP. <http://jornadassociologia.fahce.unlp.edu.ar/vii-jornadas-2012/actas/Varela.pdf/view> [27 de julio de 2014].
- Vázquez, Melina y Vommaro, Pablo (2008), “La participación juvenil en los movimientos sociales autónomos. El caso de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs)”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, Manizales, Colombia, Vol. 6, Nro. 2, julio-diciembre de 2008.
- Zimmerman, Joseph F. (1986), *Democracia participativa*, México: Limusa, 1992.